



## Capítulo I

---

### ALGO NUEVO BAJO EL SOL

El joven legionario contempló aquellos despojos vagamente humanos y acto seguido se tapó la nariz.

—Por los dioses que están hechos polvo, centurión.

—Desde luego, Marco. Un cangrejo hervido, después de haber sido pisoteado en un muladar, ofrecería mejor aspecto —alzó la voz y se dirigió a sus hombres—. Procurad que les sirvan un poco de agua y

luego prendedlos. Supongo que sacaremos algo por ellos en el mercado de esclavos.

—¿Con lo feos que son? —el legionario los estudió con ojo crítico.

—Sobre gustos no hay nada escrito, y sobran nobles caprichosos en Coria. En el peor de los casos, pueden castrarlos y convertirlos en eunucos de harén.

Los legionarios dedicaron un buen rato a desarmar y dar de beber a los bárbaros, a la par que remataban a los que ya no tenían remedio. Un observador recién llegado creería hallarse en el campo de batalla, justo después de que un bando hubiera aplastado irremisiblemente al otro. Sin embargo, ningún coriano tuvo que lanzar su jabalina o tirar de la espada. Una sensación de extrañeza, de irrealidad, se palpaba en la atmósfera.

El centurión aprovechó el paso de un aguador para refrescarse el gaznate. Sus hombres lo imitaron. Llevaban varias semanas padeciendo

un clima agobiante. La ausencia de viento y el fino polvo en suspensión convertían la llanura en un horno. Sintió piedad por los vencidos. Hasta el mercado de esclavos sería preferible a lo que acababan de sufrir.

En su deambular, el centurión volvió a coincidir con Marco, el soldado más joven de su manípulo. La expresión de perplejidad no se le había borrado aún de la cara.

—¿Cómo se les habrá ocurrido la idea de invadir las colonias de Ultramar? Además, vinieron a lo loco, con el sol que está cayendo, olvidándose las provisiones y sin reservas de agua...

Para su sorpresa, el centurión no respondió con una chanza. Se le veía pensativo, algo raro para tratarse de un veterano curtido como él.

—Suceden hechos muy extraños últimamente, Marco. Este ataque sin sentido no es el único. Según me han contado algunos camaradas durante el último permiso que disfruté en la capital, cada vez menudean más los iluminados entre los bárbaros. Experimentan visiones que les impelen a atacarnos así, por las bravas. Por supuesto, ellos lo atribuyen a sus falsos dioses. Tan patéticos intentos suelen acabar en el mercado de esclavos, el anfiteatro o la crucifixión, pero... —se rascó la cabeza—. Qué quieres que te diga, hay algo inquietante que me conturba. No puedo evitar acordarme de las antiguas leyendas...

El legionario estuvo a punto de soltar una carcajada, pero no quiso afrentar a su superior.

—¿Los signos del fin de una Era? ¿El Mal que todo lo arrasa? ¿El resurgir de la Magia? Perdona, mi centurión, pero se trata de cuentos de viejas.

El veterano militar suspiró. Los jóvenes capitalinos ya no creían en los dioses ni en las tradiciones de sus mayores.

—Seguro que sí, Marco. Bueno, sigamos con lo nuestro —señaló a un caído—. Ése ya está listo de papeles. Encárgate de él.

El joven obedeció. Agarró por la barba al moribundo y lo degolló sin mancharse las manos. Limpió la hoja del cuchillo en las astrosas ropas del muerto.

—Otro esclavo echado a perder; menudo desperdicio —murmuró, mientras contemplaba desapasionadamente al cadáver—. Tendríamos que haber salido dos o tres días antes.

El centurión no replicó. Durante su prolongado servicio en la milicia, se había enfrentado a casi todo. De joven, combatió a los bárbaros del lejano norte, y allí aprendió que hasta aquellos colosos vociferantes

podían ser derrotados mediante disciplina y estrategia. Ya en Ultramar, se ganó los ascensos y alguna que otra cicatriz pacificando a las tribus que poblaban las feraces mesetas australes. Luchó contra hordas desorganizadas, falanges compactas, caballería ligera, camellos, elefantes, cebras, uros e incluso pigmeos montados en avestruces. Y cuando creía que ya no le quedaba por ver nada nuevo bajo el sol, llegaron aquellos desgraciados. Nunca antes se había topado con algo tan sin sentido, tan absurdo. Nunca. Por muy estrambóticos que resultasen los enemigos, siempre tenían algo en común: pugnaban por defender la tierra, el ganado, sus hijas o algo tan simple como la libertad. Pero estos bárbaros...

Semanas atrás, la noticia del desembarco de unos misteriosos invasores llegó a Portomagno, una de las ciudades más prósperas del Imperio de Coria en Ultramar. Tanto el Gobernador como los mandos militares se alarmaron sobremanera, pero no era la primera vez que sufrían un ataque. Se llamó a los reservistas y la legión estuvo en orden de combate en breve tiempo. Mientras, se enviaron exploradores a toda prisa. Las nuevas que trajeron dejaron perplejo al Alto Mando.

Aparentemente, unos treinta *dragones*, las típicas naves de los bárbaros del norte, habían arribado a las costas de Poniente, cerca de un campamento nómada. Lo saquearon y mataron a quienes no fueron lo bastante rápidos como para huir. Si no violaron a las mujeres que quedaron atrás, fue porque éstas prefirieron inmolarse antes que ver mancillada su honra.

Aquello tenía toda la pinta de ser una avanzadilla de un ejército mayor. Los espías aguardaron ocultos, mientras faluchos y otras embarcaciones ligeras peinaban las costas de la Gran Serpiente, atentos a la llegada de la flota enemiga.

Pero pasaron los días y no vino nadie más.

En cuanto los bárbaros acabaron con el vino y los víveres del infortunado campamento, empezaron a discutir entre ellos. Hablaban un dialecto tan cerrado que resultaba ininteligible para los espías. Por fortuna, el Alto Mando contaba con el auxilio de Julio Flavio, un noble especialmente dotado para los idiomas, el cual ejerció de traductor. Pronto quedó claro que el mando era compartido por un jefe guerrero, un tal Cedric Sturmusson, y un anciano que vestía un sayo blanco y portaba un bastón más alto que él. Druida Supremo, lo llamaban.

Los observadores creyeron alucinar cuando se enteraron del propósito de tan pintoresca tropa: los bárbaros se proponían asestar un golpe mortífero al Imperio para así ganar el Paraíso, protagonizar un cantar de gesta y lindezas similares. Pretendían aniquilar las colonias de Ultramar y, a continuación, volver a cruzar la Gran Serpiente y atacar a la propia capital del Imperio.

Las posibilidades de éxito se reducían a cero, debido a una serie de circunstancias. En primer lugar, los voluntariosos conquistadores eran muy pocos, apenas unos centenares. Por añadidura, no habían traído monturas ni provisiones. Más aún, el concepto de *intendencia* parecía resultarles ajeno. En un alarde de ingenuidad, planeaban hacerse con caballos y vituallas a partir de los pueblos que saquearan.

Las consecuencias del estrafalario plan no tardaron en evidenciarse. En las llanuras costeras de Ultramar, la montura por excelencia y bestia de carga era el camello. Los bárbaros no tenían ni idea de cómo manejarlo. Sólo cosecharon pisotones, coces, escupitajos, mordiscos y muecas aviesas. En el colmo de los despropósitos, las heridas causadas por tan rebeldes animales se infectaron, y los invasores sufrieron sus primeras bajas. Tampoco contaban con médicos o cirujanos de campaña.

Los bárbaros se encaminaron finalmente hacia Portomagno, desfilando a pie. Al principio lucían muy gallardos, avanzando a buen ritmo mientras entonaban cantos épicos o tonadillas obscenas. La alegría les duró poco.

Las tribus nómadas aliadas del Imperio decidieron practicar la táctica de tierra quemada. Ni un dátil, ni una cabeza de ganado quedó al alcance de los invasores. En su retirada hacia los muros de Portomagno, cegaron asimismo los pozos de agua. Los bárbaros se vieron forzados a beber de charcas infectas, auténticos criaderos de mosquitos que provocaban arcadas hasta a las hienas. Diarreas, vómitos y fiebres incrementaron la cuenta de bajas.

Para pasmo de los corianos, a los bárbaros no se les ocurrió enviar exploradores. En caso de adoptar tan elemental precaución, habrían descubierto que al otro lado de las montañas abundaban los manantiales y la caza menor. Sin embargo, se empeñaron en avanzar hacia el este siguiendo la franja costera, una solanera semidesértica en aquella época del año. La calima y el bochorno fueron sus inseparables compañeros de viaje.

Aquellos norteños no estaban acostumbrados a moverse bajo un sol de justicia. Al cabo de poco tiempo, sus rostros adoptaron un tono

más propio de una langosta cocida. Brotaban ampollas, que al supurar e infectarse no les permitían conciliar el sueño por las noches. Excepto en el caso del Druida, la moral se arrastraba por los suelos.

Pronto, las rudimentarias armaduras de cuero y madera comenzaron a pesar. Sus propietarios se las quitaban y las arrojaban al camino, junto con las gruesas ropas de lana, sin molestarse en recogerlas, para desesperación del Druida Supremo. Así, más superficie corporal quedaba expuesta al sol y a los insectos. Su piel, al principio pálida como el pergamino, ahora enrojecía y se llenaba de picaduras que la falta de higiene convertía en ulceraciones incapaces de cicatrizar. Otras alimañas ponzoñosas, como escorpiones, víboras o escolopendras, se apuntaron al festín.

Poco más de un centenar de maltrechos guerreros llegó a los alrededores de Portomagno. A Cedric Sturmusson le desconcertó el hecho de toparse con una ciudad amurallada. Estalló en cólera y se puso a insultar a los corianos de forma asaz imaginativa. Mientras blandía su gran espada, les echó en cara su escasa hombría al ocultarse como mujeres, en vez de salir a pelear a pecho descubierto. Durante las horas y jornadas siguientes, retó *ad nauseam* a los campeones de Coria a combate singular, hasta quedar afónico.

Obviamente, nadie le hizo caso. Dada la escasa entidad del adversario, el Gobernador decidió mantener quieta a la legión. En verdad, la aventura de los bárbaros había suscitado su curiosidad, y deseaba averiguar en qué quedaba todo aquello sin sufrir bajas propias. Por lo tanto, se buscó un punto de observación cómodo y se dispuso a contemplar el espectáculo armado de una jarra de vino blanco fresco y unas viandas ligeras, como si se tratase de una representación teatral.

Al cabo de unos días, los sitiadores se habían comido hasta el cuero de las botas. Su jefe militar ya no amenazaba. Abatido, recostado en el suelo, dibujaba rayitas en la tierra con el cuchillo. Sus hombres parecían aún más desanimados que él.

Aburrido, el Gobernador ordenó por fin atacar a la tropa. En vez de toda la legión, bastó enviar una cohorte. Sus manípulos estaban integrados por legionarios bisonños, acompañados de algunos veteranos fogueados. Los soldados abandonaron la ciudad por la Puerta Decumana, rodearon las murallas y se acercaron a los bárbaros. Los manípulos se dispusieron en formación de combate cerrada. Con los escudos rectangulares recién bruñidos, el estandarte del águila imperial bien alto, los

pendones de Coria ondeando al viento y las jabalinas prestas, aguardaron a ver por dónde salían aquellos bárbaros.

El adversario estaba tan abúlico que ni se inmutó. Tan sólo el Druida trató, con verbo inflamado, de arengar al caudillo militar, prometiéndole el Paraíso de los Héroe y recordándole el valor de sus ancestros, que ahora lo contemplaban desde lo Alto.

Cedric Sturmusson reaccionó, por fin. Su mirada se iluminó con un propósito claro. Desenvainó su espada, decapitó de un tajo al Druida Supremo y fue corriendo a postrarse de hinojos ante los legionarios, suplicando que le dieran un trago de agua.

La invasión bárbara había llegado a su fin.

El Gobernador se alegró una vez más de contar con alguien como Julio Flavio en la legión de Ultramar. Gracias a él, y a la exquisita educación que había recibido en cuestión de lenguas extranjeras, los interrogatorios se agilizaron notablemente. En aquel momento, el joven estaba concluyendo su informe.

—En resumen, el difunto Druida experimentó una visión poderosa. El Cuervo de los Sueños lo llevó a la presencia de Lyanna, la Madre de Todos. La diosa le conminó a atacar la retaguardia de Coria, prometiéndole a cambio glorias sin cuento. Logró convencer a Cedric, y partieron hacia el sur a bordo de un centenar de barcos.

El Almirante de la flota de Ultramar propinó un sonoro manotazo a la mesa.

—Pero ¿acaso estaban locos? Sus *dragones* son bajeles muy poco marineros: los construyen en tingladillo, carecen de bodega de carga y disponen de un solo mástil, con una vela cuadrada. Son barcos pensados para remontar los ríos o la navegación de cabotaje, pero sin la posibilidad de llevar carga y su velamen es de risa, especialmente enfrentado a las duras condiciones de la Gran Serpiente. Ni siquiera saben qué es un timón ni disponen de velas triangulares, ni palo de mesana, ni... —bufó con desdén y lo dejó estar.

A la reunión había sido invitado un centurión veterano. Aquellos oficiales de bajo rango, ascendidos por méritos propios de entre la tropa, eran la personificación del sentido práctico. El Gobernador siempre apreciaba sus consejos, que solían transmitir el sentir de la soldadesca.

—Yo he combatido con ellos en su tierra, señores —dijo el avezado militar—. Los bárbaros son criaturas simples. Suelen embarcarse en sus *dragones* y remontan los ríos para saquear y violar en los pueblos indefensos. Tras cada incursión regresan a casa, sin más.

—Pues en esta ocasión han tenido la ocurrencia de cruzar la Gran Serpiente en esas cáscaras de nuez —repuso el Almirante—, algo difícil incluso para nuestras mejores galeras. La corriente central es fortísima, y las aguas resultan traicioneras.

—Lo lograron a fuerza de remos —aclaró Julio—, aunque perdieron dos tercios de la flota en el intento. El resto, ya lo sabéis.

—Sí —intervino el centurión—. Abordaron una operación en Ultramar como si se tratara de una salida a robar gallinas en el pueblo vecino. Carecen de imaginación para hacer otra cosa.

—Últimamente, el Imperio viene sufriendo ataques esporádicos de los bárbaros, aunque no tan patéticos como éste —dijo el Gobernador—. Se trata de acciones desorganizadas, de escasa entidad y fácilmente sofocadas. El desencadenante suele ser la visión de algún iluminado, al estilo del finado Druida Supremo.

El centurión asintió, aunque mantuvo la boca cerrada. El Gobernador lo comprendía. Él mismo procedía de la nobleza rural, a diferencia del resto de compañeros de mesa. Los capitalinos habían perdido la fe en los antiguos dioses, y participaban en los rituales sagrados por mera inercia. En cambio, en el campo y cerca de las fronteras, la gente observaba el culto heredado de sus padres, y las viejas leyendas aún se recitaban junto al fuego. Algo se estaba moviendo, y no era bueno. El Gobernador se estremeció. Las señales apuntaban al fin de una Era. El inexorable Advenimiento del Mal. Primero, los bárbaros desorganizados, y a continuación ¿qué? Sacudió la cabeza. Tarde o temprano, tendrían que enfrentarse a lo que hubiere de acontecer. De momento, debían solventar los pequeños problemas cotidianos.

—He enviado palomas mensajeras a la capital —señaló—, pero no estaría de más que alguien llevara un informe verbal a Palacio. Además, soy partidario de mandar a los bárbaros al mercado central de esclavos. El clima de Ultramar les sienta fatal, y los comerciantes locales no pagarían por ellos ni la mitad de lo que valen. ¿Algún voluntario?



## Capítulo II

# REENCUENTROS E INFORTUNIOS



«*En casa*».

El barco atravesó la bocana de la bahía de Coria bajo la atenta mirada de los centinelas. La capital había sido construida en tiempos inmemoriales dentro de un valle circular, orlado de montañas no muy altas, aunque tan escarpadas que constituían una muralla natural. Los corianos tan sólo tuvieron que rellenar los huecos con obra de mampostería para gozar de una defensa perfecta. El terreno iba descendiendo suavemente hasta hundirse en el mar, el cual llenaba la mitad de aquel colosal cráter. En ambos extremos de la bahía, el anillo montañoso se tornaba más irregular. Las cumbres sobrepasaban los mil pies de altura, y abrazaban protectoras los puertos de la capital al tiempo que entre ellas se abrían huecos que permitían el paso al intenso tráfico naval. En las cimas se erguían torres de vigía y posiciones para las catapultas.

El viajero que entraba en el puerto podía ver a su izquierda el puerto militar, inusualmente vacío ahora que toda la flota de Ultramar se hallaba fuera. En el centro se alzaba el Monte Áureo, sede del Palacio Imperial, protegido del mar por sus acantilados, la muralla Prima y torres erizadas de toda suerte de maquinaria defensiva. El río de los Lares entraba en el valle por una gran hondonada y se bifurcaba al poco de llegar a la ciudad, gracias a una portentosa obra de ingeniería civil. De este modo rodeaba por ambos lados la

muralla Prima, ofreciendo una defensa adicional a la colina capitolina y a la explanada que se abría a sus espaldas. A la derecha se divisaba el puerto civil, lleno a rebosar de cargueros, botes de pesca y los elegantes barcos de recreo de la nobleza.

Julio Flavio inspiró profundamente. Había esperado mucho tiempo este momento: hallarse de nuevo en su país, con su gente, disfrutar por fin del aire fresco y salado de las costas de Coria. Era un placer contemplar aquel paisaje, con el verde intenso de los naranjos y el blanco luminoso de las villas, en vez de desiertos abrasados por el sol como los de Ultramar. Regresaba tras un prolongado servicio de armas y se sabía más fuerte, más independiente. Ansiaba empezar una nueva vida y recibir los honores que merecía. Aunque le habían destinado a Intendencia, unidad poco dada a lucimientos, logró resolver numerosos problemas de suministros de víveres frescos a las legiones. En sus ratos libres se ocupó de cartografiar las fronteras, e incluso sus superiores le habían elogiado por su valentía en las pocas ocasiones que tuvo de luchar.

La inopinada y penosa invasión bárbara había precipitado los acontecimientos. No estaba previsto el regreso hasta dentro de unas semanas, pero se ofreció voluntario para supervisar el traslado de prisioneros a la capital, y allí estaba. En el fondo, ¿quién mejor que él? La mitad de la flota de Ultramar había sido fletada por Padre.

No aguardó a que la nave fuera amarrada al muelle. De un salto tomó tierra, saludó con el brazo a los marineros y salió del puerto a paso vivo. Una vez en casa, ya enviaría a un esclavo para que recogiera sus pertenencias.

Más de uno se quedó mirándolo al pasar. En verdad era un gallardo mozo, más alto que la media, con cabello negro ensortijado y unos rasgos que recordaban a las efigies de los dioses. El uniforme de la legión de Ultramar, flamante y bien planchado, le sentaba como un guante y realizaba su natural apostura. Su caminar era firme, decidido, como si estuviera dispuesto a comerse el mundo.

De momento, lo primero que hizo fue pararse delante de un quiosco y comprar una manzana roja y jugosa. Le dio unos mordiscos precavidos por si traía gusano, y luego la devoró con glotonería. Había acabado harto de dátiles y pasas en tierras del sur. Qué delicia era encontrarse de nuevo en el hogar.

*«Bueno, Julio, ¿dónde irás a continuación?»*

Tenía dos opciones. La correcta era acudir a casa de su progenitor y presentarle sus respetos. Al fin y al cabo, todos los poetas y moralistas loaban el amor filial. Pero llevaba tanto tiempo deseando regresar para encontrarse con su amada... Bien, podía ir al teatro para hablar con Octavia, la actriz. En su último viaje con la flota, en busca de provisiones, logró verla y creyó intuir que ella se le había insinuado. Tal vez ahora, de regreso de una importante misión y ataviado con sus mejores galas, ya no se mostraría reacia a ofrecerle sus encantos.

«Terrible dilema», pensó. «Que la suerte decida».

Sacó un sestercio de la faltriquera y lo arrojó al aire, cazándolo entre la palma y el dorso de la otra mano. La cara del emperador Constancio XXI lo miró con desinterés. Julio frunció el ceño.

—¿Por qué tengo que hacerle caso a una vulgar moneda? ¡Absurda superstición! —y dicho esto, la tiró con desdén y se encaminó hacia el teatro. Varios pedigüños se arrojaron al suelo tras él y empezaron a pelearse por tan mísero botín.

Dos hombres cabalgaban por las calles cercanas al puerto militar en dirección al centro de la ciudad. Uno era joven, fuerte, de cuerpo fibroso y sonreía satisfecho de sí mismo sobre un palafrén digno de un príncipe. El otro era casi un anciano, un poco gordo, de barba canosa pero de aspecto noble. Su rostro parecía preocupado y su vieja mula apenas podía seguir el paso del caballo de su acompañante.

—Esta vez nos van a expulsar del país —decía una vez más el anciano con voz lúgubre.

—No se atreverán, Polideuces —respondió su acompañante—. Además, él se lo buscó.

El hombre mayor sabía que era inútil tratar de razonar con el joven y suspiró. Vestía una túnica gris, una capa a juego y unas sandalias de vivos colores que dejaban bien claro que era un heliano. El brazalete de oricalco con filigranas mostraba su pertenencia al cuerpo diplomático del vecino país. Antaño, eso le había valido honores y lisonjas por parte de las mejores familias nobles de Coria. Ahora, por el contrario, temía las represalias de los que hasta hace bien poco eran sus amigos, le invitaban a cenar a sus casas, le ofrecían las más bellas esclavas y le rendían toda clase de honores. Últimamente les había llevado malas noticias, muy malas. ¿Cómo le dices a un amigo que su hijo ha muerto asesinado por alguien

a quien debes excusar y proteger? ¿Alguien a quien no soportas, a quien te gustaría ver atravesado por una daga y, sin embargo, tu compañero?

–Los corianos no destacan por su paciencia ni por su sutileza –insistió de nuevo el anciano embajador–. ¿De veras era necesario matarlo?

–Ofendí a mi hombría, a mi clan y a nuestra patria. El duelo ha sido justo según las normas corianas y tú eres testigo de ello. Además, ¿quién se atrevería a alzar su mano contra un embajador de nuestro país?

–Cualquier padre de esos jóvenes a quienes has quitado la vida –y alzando la voz, algo que no tenía por costumbre, añadió–: ¿De veras crees que es normal que el agregado espiritual de la embajada de Helia cruce su bronce en duelo con los corianos a la más mínima incitación? Puedes provocar un incidente entre nuestros países, y ya deberías saber que no es voluntad divina que helianos y corianos luchen entre sí. Cuando eso ocurre los dioses nos dan la espalda y las mayores desgracias se abaten sobre nuestros pueblos. Un embajador debe ser cauteloso y delicado en sus relaciones, responder a ofensas con sonrisas, convertir a enemigos en amigos y asegurar la paz entre las naciones. Especialmente con ésta: tiene demasiadas legiones... ¿Me estás escuchando?

El joven no le prestaba ninguna atención, sino que se entretenía en hacer caracolear a su caballo para lucirse delante de unas muchachas que se cruzaban con ellos. Las jovencitas parecían encantadas y le saludaban con la mano. Para ellas era sólo un apuesto y exótico sacerdote heliano. Seguramente les gustaba su cara de ojos brillantes, la nariz aguileña, el cabello largo y alborotado con el color del roble viejo, la túnica engalanada con elaborados ribetes y la capa roja de los nobles helianos. Debía reconocerlo; Héctor daba una primera impresión encantadora. Además, su familia era rica, tan rica como para comprarle un cargo público y poderlo enviar bien lejos de casa.

Porque Polideuces estaba seguro de que se lo habían sacado de encima. El viejo Telamón, jefe del clan Eudoxos, había engendrado un primogénito díscolo, irresponsable, incapaz de asumir sus obligaciones. Ignoraba qué había pasado exactamente entre padre e hijo, pero como resultado, ahora Héctor era su dolor, su problema y su maldición. Enviarlo como adjunto al embajador le parecía un despropósito tan monumental como poner a un sátiro de custodia en un harén. Desde que llegó no se dedicaba a otra cosa que a enemistarse con los nobles locales, arruinando así una labor diplomática de décadas. Más aún: tras ofenderlos los retaba en duelo, y a él le tocaba indefectiblemente ejercer de padrino.

Cuatro duelos. Se decía pronto. Cuatro jóvenes corianos que habían ido a reunirse con los dioses. El advenedizo Héctor era un petimetre insufrible, pero Polideuces nunca había visto a nadie tan diestro con la espada. Se pasaba todo el día practicando, hasta el punto que parecía imposible matarlo y, aun sabiendo lo inapropiado de este pensamiento, no le hubiera disgustado que hoy acabaran con él.

Cuatro funerales. Cuatro familias nobles muy enfadadas con la embajada de Helia. Cuatro abyectas excusas para evitar un incidente diplomático. Cuatro conatos de úlcera de estómago. «*Cuatro puñaladas te dieran, mequetrefe*».

Mejor dicho, cinco. El joven Héctor había despachado antes de desayunar a otro incauto, un miembro de la familia Quintiliana, por una cuestión de honor y faldas. El noble coriano presumía de buen luchador, pero Héctor no le dio una oportunidad. Lo derrotó con una facilidad insultante, sin esfuerzo aparente. La familia Quintiliana: uno de los clanes más influyentes de Coria. Esta vez, el chico se había excedido. Lo malo era que le tocaba arreglarlo a él, y no sabía cómo. Sintió otra punzada en el vientre.

Iban a doblar una esquina para dirigirse a la embajada, cuando el joven detuvo de repente a su caballo, preguntando a su compañero:

—¿Qué hace la guardia pretoriana por aquí a estas horas?

«*Con un poco de suerte, igual vienen a buscarte*», pensó Polideuces.

Una compañía de soldados marchaba en perfecta formación, marcando el paso. La gente se retiraba de su camino apresuradamente. Llevaban las capas negras de la guardia del Emperador, algo reservado a las tropas de élite. Aquellos hombres eran famosos por su ferocidad.

Al frente marchaban un pregonero, un escriba y, portado en una silla gestatoria por cuatro fornidos esclavos, el Sumo Sacerdote de Coria. Éste ejercía de Primer Ministro y era el segundo hombre más poderoso del Imperio, pues servía directamente a Su Divinidad, el Emperador, descendiente directo del dios Sol. Su presencia no auguraba nada bueno: sin duda se trataba de un asunto de la máxima importancia. A pesar de su avanzada edad, y de lo incómoda que llegaba a ser una prenda tan pesada como la toga ceremonial coriana, llevaba su atuendo con naturalidad, fruto de muchos años de práctica.

El Sumo Sacerdote reparó en la presencia del embajador de Helia y su adjunto. Se detuvo a saludarlos por cortesía, aunque conocía al

joven Héctor y no le apetecía hablar con él. Ordenó al centurión que siguiera adelante con sus hombres, mientras él se quedaba con un par de legionarios de escolta.

–Me complace verte, querido Polideuces –sonaba sincero, pues le unía una amistad de años con el embajador de Helia–, aunque no podré dedicarte mucho tiempo. Ha surgido un problema de suma gravedad que tengo que resolver personalmente.

Aunque el Sumo Sacerdote no se había dirigido a él, Héctor descalbó, le dirigió un saludo formal con una leve genuflexión e interrumpió su conversación recién iniciada.

–Perdonad que os interrumpa, pero siento curiosidad por saber qué ha hecho salir de palacio a la guardia pretoriana a tan temprana hora. No es normal verla por esta zona.

–Nos ocupa un asunto desagradable. Acabamos de descubrir que alguien en quien el Imperio tenía depositada su confianza es en realidad un traidor. Fingiendo viajes comerciales legítimos, en realidad andaba en tratos con nuestros enemigos, a quienes está armando y preparando para combatirnos. Es mi deber hacer justicia con él y toda su malsana estirpe hasta la tercera generación, tal como establecen las leyes de nuestros padres.

Para los helianos, la legislación de Coria tenía algo de abusiva y caprichosa. Sus castigos consistían en venganzas terribles que caían sobre los inocentes con la misma facilidad que sobre los culpables. Cuando se producía un escándalo, familias enteras podían morir. Sus casas eran quemadas, mientras que quienes no habían hecho nada se veían desposeídos de sus riquezas, cargos públicos y honores. Oh, un escándalo coriano; no había nada más terrible: muerte y vergüenza para los hijos y los nietos del responsable, y la muchedumbre, encendido el ánimo, pidiendo más sangre y más furia.

–¿De qué infortunado se trata, si puede saberse? –insistió Héctor.

–Ya no es ningún secreto, pues la vergüenza ha caído sobre su casa y todo el pueblo lo sabrá en cuestión de horas. Marineros huidos de uno de sus barcos llegaron ayer a Coria, denunciando que Cayo Flavio Nauta ha viajado al norte para vender información reservada y armas al nuevo Tirano del Septentrión. Quién podía pensar que uno de los nobles más importantes de nuestro país se vendería al enemigo por riquezas... ¿Acaso no tenía ya bastantes?

–La familia Flavia –murmuró impresionado el embajador Polideuces–. Uno los linajes más antiguos y nobles del Imperio...

–Los pretorianos se dirigen ahora a su casa –continuó el Sumo Sacerdote–. Expropiarán sus tesoros, darán muerte a sus sirvientes, esclavos y familiares y arrasarán la vivienda hasta los cimientos. Nada debe quedar de quienes traicionan a su patria, ni el recuerdo.

Polideuces intercambió una mirada con Héctor. En Helia, los trapos sucios se lavaban en privado, pero aquí, en cambio, no se molestaban en ocultar un caso de alta traición. Pronto lo sabrían en todos los países del orbe. Qué raro, y cuán contraproducente. En el fondo, aquellos corianos eran unos recién llegados a las sutilezas de la civilización.

–Nada más lejos de mi intención que criticar vuestras leyes –repuso Polideuces–, pero en nuestro sistema judicial el castigo recae exclusivamente sobre los delincuentes. No tengo nada que objetar a que destruyáis la mansión, los esclavos, los muebles y demás posesiones, pero la familia hasta la tercera generación... ¿Qué culpa tienen los niños de los pecados de sus mayores?

El Sumo Sacerdote se removió incómodo en la silla gestatoria.

–Bueno... A decir verdad, Cayo Flavio enviudó hace años. Hoy en día sólo tiene un hijo, Julio. El muchacho está sirviendo ahora en la flota de Ultramar. No regresará hasta dentro de un tiempo. Confío en que para entonces los ánimos se hayan enfriado y, con algo de mano izquierda, pueda salvar su vida. Esto me gusta tan poco como a ti, querido amigo, pero debemos mostrarnos inflexibles frente a la traición.

–Ya que mencionáis la flota de Ultramar –volvió a interrumpir Héctor–, decidme, ¿no es acaso su enseña un pendón con rombos negros y rojos, con el águila negra del Emperador en un círculo dorado? –el Sumo Sacerdote asintió con la cabeza–. Y la enseña de la casa Flavia, ¿es tal vez un tridente de plata sobre fondo grana?

–Deduzco que conoces a la perfección la heráldica coriana, mi buen Héctor –concluyó el Sumo Sacerdote, preguntándose a qué venía todo aquello.

–El mérito no es mío. Tengo todos esos símbolos delante de las narices –y alargó su brazo señalando con el dedo uno de los barcos atracados en el muelle.

Todos siguieron su gesto con la mirada y el color huyó del rostro del Sumo Sacerdote.

–No puede ser, justo ahora... Los dioses juegan perversas partidas con nosotros como peones –y dirigiéndose a uno de sus escoltas, añadió con tono perentorio–. Ve al barco. Averigua cuándo han llegado, qué hacen aquí y dónde se halla Julio.

En un par de carreras, el legionario estuvo de vuelta.

–Arribaron hace apenas una hora, Su Santidad. Adelantaron la fecha del viaje para informar acerca de una incursión bárbara y traer un cargamento de esclavos. Van a desembarcarlos ya mismo.

En efecto, una hilera de prisioneros salía de la bodega. Los hombres, con el miedo o la indiferencia pintados en sus caras, obedecieron en silencio las órdenes que les impartía el cómitre. Desfilaron camino del mercado, arrastrando los grilletes.

–Julio Flavio fue designado encargado de supervisar el envío –siguió informando el legionario–. Desembarcó nada más atracar.

–Si es un buen hijo, lo primero que habrá hecho será acudir a la casa paterna –indicó Polideuces.

–Entonces, está perdido. La guardia tiene orden de no dejar supervivientes –sentenció el Sumo Sacerdote, meneando apesadumbrado la cabeza–. Me sabe mal, pues Julio es un joven brillante, a la vez que un cartógrafo de primera. Contaba con salvarlo, pero la diosa del Azar lo ha querido así. Qué se le va a hacer.

En ese momento Héctor volvió a montar de un salto. Su caballo se encabritó y sus cascos levantaron chispas del adoquinado.

–¡Dejadlo en mis manos; yo salvaré a Julio! Consideradlo un agravio por lo de esta mañana.

Ante el estupor de propios y extraños, Héctor se dio la vuelta y guió su montura hacia la casa de Cayo Flavio. Sin detener el galope, agarró un ánfora de vino barato de un tenderete y le arrojó una moneda de plata al atónito vinatero.

Polideuces y el Sumo Sacerdote lo vieron perderse al doblar la esquina.

–Suponía que los helianos erais gente sobria e inteligente –dijo el Sumo Sacerdote al cabo de un rato–. ¿Cómo es posible que nombrasen agregado espiritual a semejante individuo? ¡Su cráneo encierra el cerebro de un chorlito!

–El clan Eudoxos es rico y poderoso. Supongo que les causaba demasiados problemas a pesar de haber tomado los hábitos, o quizá precisamente por ello, y le compraron un cargo bien lejos de Helia –Polideuces

prefirió no entrar en detalles de política doméstica—. El resultado es que ahora estoy perdiendo el prestigio que laboriosamente me había ganado entre los vuestros. Además tengo que vigilarlo y tratar de apaciguar los ánimos cada vez que hace una de las suyas.

—Te comprendo, amigo. En la corte todo son habladurías y muchos desean que pierda un duelo de una vez por todas —de repente pareció caer en la cuenta de algo—. Si los oídos no me engañan, creí entender que mencionó no sé qué sobre un desagravio.

—Esta mañana ha dado muerte en duelo al hijo mayor de los Quintilianos. Una pelea limpia y rápida: le atravesó el corazón al primer envite.

El Sumo Sacerdote dio tal respingo que casi cayó de la silla.

—¿Cneo Quintiliano? ¡Ésta ha sido la gota que colma el vaso de la paciencia de Coria! O tu Gobierno toma medidas severas, o llamamos a nuestro embajador a evacuar consultas. Y ya sabes lo que eso significaría.

Los ojos de Polideuces brillaron esperanzados.

—Lo pondré en conocimiento del Consejo. Por muy influyente que sea el clan Eudoxos, haré cuanto esté en mis manos para deshacernos de Héctor. Todo sea por el bien de ambas naciones.

—Cuenta conmigo para resolver este asunto. Si necesitas que ejerzamos presiones diplomáticas, comunícamelo. Y ahora, discúlpame si te dejo. Debo acudir a casa del traidor. O a lo que quede de ella, mejor dicho —concluyó; una columna de humo se elevaba sobre los tejados de la ciudad.

Polideuces vio partir a la comitiva, y quedó sumido en sus pensamientos. Le aguardaba la dura tarea de excusarse ante los Quintilianos, pero daría el mal trago por bien empleado si con ello lograba librarse de aquella plaga con espada llamada Héctor.

Julio Flavio se hallaba sentado en las escaleras de la puerta del teatro. Una orquídea perfecta, la más cara que pudo encontrar en el mercado, había sido arrojada al centro de la calzada, y era pisoteada por hombres y bestias de carga. Las tiendas y los talleres de los artesanos armaban tanto ruido como podían y todo el gentío parecía muy atareado. Tan sólo dos figuras permanecían quietas: Julio con su uniforme de héroe de Ultramar, y Filis con una sencilla clámide.

—No tienes que preocuparte por ella —decía la muchacha—; sabe cuidarse muy bien. Además, le ofrecieron mucho dinero por salir de gira como estrella del espectáculo. El empresario la echará de menos; ninguna otra sabe ganarse al público con sus parodias e imitaciones.

—No me preocupo por ella, sino por mí. ¿Te haces idea de cuánto deseaba verla? Todos estos meses no he dejado de soñarla una sola noche, ni de dedicarle todos mis pensamientos durante el día. Si tenía tanto éxito bien podía haberse quedado aquí. ¿Qué mejor lugar para una actriz que la capital? Además, estoy seguro de que sentía algo por mí. La última vez que nos vimos dio a entender que...

—No te hagas ilusiones. Es igual de simpática y encantadora con todo el mundo. Muchos jóvenes, y no tan jóvenes, la pretenden y jamás ha dado esperanzas a nadie.

—Lo nuestro es diferente...

—He oído eso muchas veces.

—Estoy seguro que se siente atraída por mí.

Filis suspiró. Ése era el tipo de hombre que le gustaba, de mirada cautivadora, con el cuerpo fuerte como un mulo, realzado por el uniforme de Ultramar: túnica a rombos negros y rojos, sin mangas, con faldellín corto que dejaba lucir piernas de atleta y único hijo de una de las familias más ricas del imperio. Este último no era el menor de sus encantos, por cierto. Si al menos le dedicara un poco de atención a ella... Sin embargo, prefería usarla de paño de lágrimas por los desdenes de una diva casquivana, engreída, que las pocas veces que se había dignado hablar de él lo hacía en tono burlón. Desde luego sería mejor no decirle qué pensaba su amada: *«Un presuntuoso niño rico sin cerebro, carente de sensibilidad, empeñado en creer que me conformaría con calentar su cama cada noche y servirle de adorno en las fiestas de la corte...»* A Filis sí le hubiera gustado calentar esa cama y unirse a la alta sociedad coriana, especialmente ahora que lo veía tan tierno, tan sensible, en su mejor pose de amante despechado.

Mientras cada uno de ellos estaba sumido en sus pensamientos, llegaron unos trabajadores del teatro trayendo unos esclavos recién comprados en el puerto. Julio reconoció a Cedric Sturmusson, el bárbaro, que ahora arrastraba pesados grilletes y parecía desconcertado en su nueva situación. Otros, en cambio, lucían risueños ante la perspectiva de dormir bajo techo y comer caliente.

—¿Para qué queréis a esos bárbaros en el teatro? —preguntó Julio, extrañado.

—A falta de Octavia y sus deliciosos números cómicos—explicó Filis, contenta de cambiar de tema por otro más divertido—, el empresario ha decidido reponer la vieja obra del ladrón. Ya sabes, el malvado que entra por la noche en las casas y además de robar asesina a los dueños y viola a las mujeres. Al final la justicia le atrapa y debe pagar sus crímenes en el patíbulo, donde es crucificado para que no huya y entonces un oso le ataca y se lo come. Ayer compramos el oso, pero nos faltaban unos esclavos vigorosos para sustituir al actor principal en la última escena. Por fortuna, parece ser que ha llegado una remesa de Ultramar y están a muy buen precio.

*«Y yo allí con mi flor, como un gilipollas... ¿Por qué no le hice caso a la moneda?»*

Julio Flavio era un tipo orgulloso, por lo que la autocompasión fue dejando paso a la ira. ¿Quién se había creído que era aquella mísera bailarina, para despreciarlo así? Había logrado que él, todo un héroe de Ultramar, se humillara y desnudara su alma ante una corista como Filis. Tarde o temprano pagaría la afrenta, vaya que sí. No obstante, mientras caminaba su enfado se atemperó, dejando paso a la melancolía. *«¿Para qué engañarme? Seguro que me arrojaría en sus brazos si me lo permitiera».*

Avivó el paso. Cuanto antes llegara a casa, mucho mejor. Allí podría olvidar las penas durante unos días. Le contaría sus cuitas a Plotino, el liberto que permanecía con la familia en un raptó de fidelidad a toda prueba. Dejaría que lo mimaran las sirvientas, gastaría bromas a su vieja nodriza y recobraría su autoestima cuando Padre supiera el buen comportamiento de su hijo en Ultramar. Había enviado a un niño con las legiones del sur, y ahora retornaba todo un hombre, un ciudadano de pleno derecho. Justo eso necesitaba: gente a su alrededor que le ayudara a no pensar en Octavia, en sus pequeños y turgentes senos, sus labios rojos, su...

Un momento. ¿No había demasiada gente? Y ¿por qué corría en su misma dirección?

Pronto supo el motivo. El olor de la madera quemada era inconfundible. Una casa ardía en el barrio. *«Supongo que se tratará del establo de los Antoninos. Teniendo en cuenta el poco cuidado con que se conducen sus esclavos, me maravilla que esta desgracia no haya ocurrido antes».*

Se acercó a curiosear, mas su interés se trocó en alarma, y luego en pánico, cuando comprobó qué vivienda era pasto de las llamas.

—¡No!

Profirió un grito desgarrador. El hogar de sus padres se había convertido en un infierno. El fuego se cebaba en el emparado bajo el cual tantos buenos ratos había disfrutado en su infancia, y destruía el banco en donde su nodriza le contaba antiguas historias sobre las andanzas de los dioses. La techumbre había cedido, y una columna negra, orlada de pavesas incandescentes, se alzaba hacia el sol.

Julio se quedó clavado en el sitio, como una estatua de sal. Su mente se negaba a admitir aquella catástrofe, la ruina de todo cuanto amaba. Pero poco a poco, pese a su anonadamiento, fue percatándose de una serie de incongruencias.

Los vecinos no ayudaban a sofocar el incendio, sino que lo contemplaban dando muestras evidentes de aprobación. Incluso los niños batían palmas alborozados. Los bomberos no aparecían por sitio alguno, y había soldados, muchos, mientras un escriba tomaba nota de todo.

Antes de que pudiera reaccionar, dos legionarios sacaron a rastras a una persona de la casa. Julio lo reconoció, y dio gracias a los dioses. Aquellos abnegados soldados habían salvado a su querido Plotino. Alguien hacía algo por paliar el desastre, menos mal.

Entonces, uno de los legionarios desenvainó su falcata y degolló al viejo liberto. El cuerpo exangüe quedó tendido cuan largo era, mientras un reguero rojo fluía entre los adoquines.

—Éste era el último, mi centurión —informó el soldado.

Para Julio, fue como si una nube roja le cegara la visión. Sin caer en la cuenta de que se enfrentaba a las mejores tropas de Coria, desenvainó su bronce.

—¡Asesinos! —chilló, y se dispuso a atacar.

Sin embargo, algo se lo impidió. Un brazo delgado pero fuerte lo aferró por el cuello, al tiempo que le cubría la cabeza con su propia capa.

Héctor había llegado justo a tiempo. Reconoció a Julio Flavio al oír su grito y verle desenvainar, y se dio cuenta de lo que pretendía: suicidarse. Dado que era un hombre de acción, actuó sin pensar y detuvo en su inicio la irreflexiva carga del joven coriano. Pese a que lo tenía bien sujeto

por el cuello, y que le había tapado el rostro para que no lo identificaran, la situación era de lo más comprometida. El cautivo no hacía más que debatirse, mientras el centurión los miraba con suspicacia.

*«Improvisa, Héctor, que es lo tuyo».*

—¡Por fin te encuentro, Silas, colega! —procuró imitar a un alegre juerguista en las primeras fases de euforia etílica; derramó sobre la ropa un poco de vino para dar el pego—. ¡No tienes aguante! A la tercera copa te lanzas en busca de camorra —sonrió como un bobo al centurión, a la vez que componía un gesto de disculpa—. Ya ve, oficial; los hay que no saben beber.

Le pareció que la trola no colaba. Julio seguía forcejeando y el centurión se acercaba con cara de pocos amigos. Estuvo tentado de dejar que le dieran morcilla al maldito noble y poner pies en polvorosa, pero su sentido del honor se lo impidió. Además, el Sumo Sacerdote había manifestado interés por el chico. Si lo salvaba, tal vez pasaran por alto lo del último duelo.

Para resolver la situación, decidió ir a lo práctico. Estampó el ánfora contra la cabeza de Julio, el cual cayó redondo al suelo, empapado, al igual que él, de vino peleón. Un problema menos del que preocuparse.

—Es la única manera de que entre en razón —se excusó.

El centurión se detuvo a unos pasos de distancia, con ceño adusto. Se cambió de mano el hacha ceremonial que portaba, para que la diestra quedara libre. Aquél no estaba siendo uno de sus mejores días. El asalto a la casa le había dejado mal cuerpo. Era un soldado veterano, con más campañas a sus espaldas que pelos le quedaban en la coronilla. No tenía nada en contra de masacrar feroces bárbaros hechos y derechos, pero le soliviantaba matar a sangre fría a unos esclavos aterrorizados, y hacer la vista gorda mientras sus hombres violaban a las sirvientas antes de liquidarlas. Eran militares, no matarifes, pero debían cumplir órdenes.

Por si faltaba algo para amargarle la jornada, ahora se enfrentaba a un par de borrachos. Uno de ellos, encima, era heliano, con la manía que les profesaba. Tal era su disgusto, que no reparó en el brazalete que lo acreditaba como diplomático.

—Si sabes lo que te conviene —le espetó—, lárgate con tu amiguito y meteos en una cama, que falta os hace. Allí podréis dedicaros a los juegos que tanto gustan a los de tu país. Venga, fuera de mi vista; aquí no se os ha perdido nada.

La sonrisilla de Héctor se le congeló en el rostro. Aquel plebeyo coriano había ofendido su honor con una grosera insinuación. En ese momento, y fiel a su carácter, se olvidó de Julio Flavio y de la salvadora misión que se había impuesto. Echó mano a la empuñadura de su espada y entrecerró los párpados.

–Vas a tragarte de inmediato esa calumnia, mal nacido.

El centurión le respondió con naturalidad, como si hablara del clima primaveral del que disfrutaba la ciudad esos días.

–¿Calumnia? Entonces, ¿por qué has traído ese otro efebo desnudo? –acompañó sus palabras señalando un punto situado detrás de su oponente.

Héctor se dio la vuelta, por acto reflejo. El centurión aprovechó la distracción para endiñarle un tremendo golpe en la entrepierna con el astil del hacha ceremonial. El heliano se encogió al tiempo que se le escapaba un gemido. El militar lo derribó de un empellón y lo dejó inconsciente propinándole unas cuantas patadas en la cara.

–Nunca falla –se dijo, satisfecho.

–¿Los rematamos, mi centurión? –preguntó uno de los legionarios.

El oficial estuvo a punto de otorgar su consentimiento, pero le vino a la mente todo lo sucedido en la casa del traidor Cayo Flavio. De repente se sintió asqueado, harto de tanta sangre. En el fondo, detestaba matar civiles indefensos.

–No merece la pena. Llamad a los alguaciles para que se lleven a estos dos afeminados a dormir la mona entre rejas. Confío en que eso les baje los humos.





### *Capítulo III*

---

## ASUNTOS DE PALACIO

Para Julio Flavio, los días que pasó en prisión significaron un auténtico descenso a los infiernos.

Recuperó el conocimiento en una infecta celda comunal de la cárcel del distrito. Lo habían tratado como a un borracho cualquiera y, mientras dormía, los carceleros aprovecharon para robarle todas sus pertenencias, vestimenta inclusive. Parecida suerte corrió su *salvador*, un heliano espigado al que debía un buen chichón en la cabeza. Su primera reacción consistió en aferrarse a las rejas y, presa de la indignación, proclamar a los cuatro vientos su nombre y su rango. Por fortuna, los carceleros y compañeros de celda lo tomaron a guasa, como los desvaríos de un ebrio. El heliano, que respondía al nombre de Héctor, logró convencerlo para que mantuviera la boca cerrada. Si se enteraban de quién era realmente, podía darse por muerto.

En cuanto le explicó todo lo que había pasado, Julio se sumió en el estupor. Padre, un traidor al Imperio. Todo aquello en lo que creía se esfumó. Ni familia, ni honra. No era nadie.

Héctor trataba de animarlo, sin éxito. El coriano no le estaba agradecido por salvarlo. Preferiría haber muerto.

—Dentro de poco, el bueno de Polideuces nos sacará de aquí. Es casi como un padre para mí. Oh, perdona; no debí pronunciar esa palabra.

No permanecieron muchas horas en aquel lugar. Alguien influyente debió de mediar, porque los alguaciles retornaron a por ellos y los entregaron a unos pretorianos, que a su vez los llevaron al puerto pesquero y los arrojaron a un bote. Unos esclavos remaron con brío y al cabo de poco tiempo los desembarcaron en el Monte Áureo. Finalmente acabaron en celdas individuales en las mazmorras de Palacio. Su situación física mejoró un poco. Los lavaron, les entregaron ropas bastas aunque limpias y los mantuvieron incomunicados.

Julio perdió la noción del tiempo. Y allí, sin saber qué iba a ser de su vida, por fin tocó fondo. Aunque nadie le iba a quitar la terrible decepción sufrida al conocer la traición de Padre, el orgullo de los Flavios le hizo cobrar bríos. Se juró que si debía caer, lo haría con la cabeza bien alta, como un auténtico hijo de la nobleza. No dejaría que nadie, ni siquiera el Emperador, lo tomara por débil o cobarde. Cuando los pretorianos vinieron a por él, procuró caminar unos pasos por delante, muy erguido, sin mostrar miedo. Supuso que lo llevaban al cadalso. Bien, que así fuera. Estaba preparado para afrontarlo.

Para su disgusto, el insufrible heliano se unió a ellos. También iba escoltado. En su caso, no había perdido el optimismo o la insensatez.

—¿Qué te apuestas a que se limitan a amonestarnos públicamente, y luego nos sueltan? Quédate tranquilo. Le diré a Polideuces que te prepare un salvoconducto y podrás emigrar a...

Julio no le prestaba atención. Aquel tipo le caía mal, y el cuero cabelludo aún le escocía en el lugar donde le estampó el ánfora de vino. *«Ya veremos, Héctor, si sigues tan locuaz cuando el verdugo ponga tu cabeza en el tajo»*. Porque Julio no se hacía ilusiones. Conocía la ley coriana.

Los pretorianos se detuvieron frente a una discreta puerta de bronce, la cual se abrió, silenciosa como un gato. La voz de un tribuno, potente y severa, los sobresaltó:

—¡Arrodillaos ante Su Divinidad, el Emperador Constancio XXI!

Héctor y Julio obedecieron sin rechistar. El Emperador... ¿Les quedaba aún alguna esperanza?

No se encontraban en el gran salón del trono, con su sitial de oro y el afamado estanque de mercurio. Se trataba de una audiencia privada. La habitación estaba despojada de todo adorno, y el Emperador se sentaba en una butaca acolchada, sobre cojines. Julio se estremeció al contemplarlo. Los rumores sobre su enfermedad eran ciertos.

Constancio XXI se veía muy delgado, apenas un recuerdo del hombre robusto que una vez fue. Su cuerpo aparecía cubierto de vendajes desde la cabeza a los pies, para ocultar el mal que lo devoraba lentamente. Se decía que su carne se consumía, los músculos perdían su vigor y la piel se desprendía en escamas purulentas. La luz sólo contribuía a perjudicar su estado. Para protegerse de ella, vestía una túnica negra con capucha que ocultaba la mayor parte de su cuerpo. Nada de él quedaba al descubierto, salvo por una diminuta rendija entre las vendas que permitía entrever el destello de sus ojos, unos ojos que brillaban en la sombra con inusual vitalidad. La mente que yacía bajo aquella ruina aún se mantenía en plena forma.

A ambos lados del Emperador, legionarios escogidos de la guardia pretoriana, de fidelidad a toda prueba, impedían que nadie se le arri-mase. Un poco más lejos, el Sumo Sacerdote y el embajador de Helia permanecían de pie, en actitud respetuosa.

–Levantaos –ordenó el supremo mandatario de Coria, el Dios Viviente. Los cautivos obedecieron. La voz, aunque reconocible, sonaba apagada. La lepra regia debía de estar afectando también a su garganta.

Julio se fijó en que al otro extremo de la sala había un adolescente de aspecto apocado. Lo reconoció: el Heredero del Trono, el Aureogéneta. Era un chico delgado, de cabellos negros y no muy alto, vestido con una túnica de color púrpura desvaído, sin adornos. No frecuentaba los actos públicos, y corría la voz de que era más bien corto de entendederas. Pobre Coria: un Emperador que literalmente se desmoronaba, y un sucesor incapaz. En fin, aquél ya no era su problema. Se aprestó a superar con dignidad lo que sin duda sería un juicio breve y una sentencia sumaria.

–Julio Flavio Lactancio –prosiguió el Emperador–, ya sabes el motivo de tu presencia ante nos. Tu padre traicionó a Coria. Se vendió al Tirano del Septentrión, y ahora nuestros secretos del diseño naval son suyos. Nos consta que los bárbaros están construyendo una flota capaz de rivalizar con la nuestra. Su felonía ha causado a Coria un daño incalculable. Nada tienes tú que ver con ello, pero conoces la ley.

El Emperador guardó silencio unos instantes, mientras dirigía su mirada hacia Héctor. El heliano ya no parecía tan seguro de sí mismo.

–Y tú, Héctor, vástago del noble Telamón Eudoxos, has demostrado ser un indigno representante de un país amigo. Has abusado de tu reconocida maestría en el uso de las armas. Sabiéndote muy

superior a tus rivales, convertiste el noble arte del duelo en un vulgar asesinato. Hemos consultado a tu Gobierno y, en pocas palabras, ya no quieren saber más de ti. La protección de la embajada de Helia se te retira. A partir de ahora, te regirás por las leyes de Coria, que penan el asesinato con la muerte.

Para Héctor, aquello fue como una estocada al hígado. No podía, no quería creerlo. Miró suplicante a Polideuces. ¿Eran figuraciones tuyas, o el viejo parecía henchido de felicidad? Entonces cayó en la cuenta de que todos lo habían abandonado. Fue a hablar en defensa propia, pero Julio Flavio se le adelantó:

–Reniego de mi padre. Apelo al derecho de defender yo mismo el honor de la familia Flavia, según las Leyes de Piedra.

Se hizo un silencio sepulcral. Hacía mucho tiempo que nadie invocaba las Leyes de Piedra, concedidas por los dioses a los Fundadores. Los pretorianos se aprestaron a dar muerte allí mismo a aquel insolente, a la mínima orden del Emperador. Sin embargo, éste los detuvo con un imperceptible gesto de la mano.

–Continúa, Julio Flavio.

El joven se envalentonó. No tenía nada que perder. Una vez superado el miedo a la muerte, ya sólo le quedaba la rabia, la sensación de haber sido vendido por Padre. Nunca podría perdonárselo.

–Muchas gracias, Divinidad. Escuchadme todos: reniego de la herencia de Cayo Flavio Nauta, y lo declaro indigno. Asimismo, reclamo el derecho a matar a quien ha ensuciado el buen nombre de los Flavios. Según las Leyes de Piedra, tengo el deber de hacerlo, puesto que soy merecedor de ocupar el puesto de *pater familias*. En Ultramar hice honor a la fama que me legaron los antepasados. El Gobernador y mis compañeros de la legión pueden atestiguarlo.

–Has apelado a las Leyes de Piedra, Julio Flavio Lactancio –susurró el Emperador desde las sombras de su capucha–. Sabes que nos fueron otorgadas hace muchos siglos, y por ello las guardamos en el Templo del dios Sol. Pero ya no estamos en los tiempos de la Primera República, cuando Coria era apenas una aldea de casas de adobe al abrigo de una empalizada. La sociedad es mucho más compleja. El Derecho vigente debe prevalecer.

–Eso, Su Divinidad ha de decidirlo. Afrontaré el veredicto con honor, cualquiera que sea.

El Emperador meditó durante un rato.

—¿Deseas hablar también en tu favor, Héctor?

El joven heliano había quedado impresionado por las parrafadas de Julio Flavio. Si el coriano daba semejante muestra de valor, él no iba a ser menos. Alzó la cabeza, orgulloso.

—Yo, Héctor, miembro del antiguo y venerable clan Eudoxos, no rogaré. Si he faltado a vuestras leyes, no lo hice a sabiendas. Aceptaré vuestra sentencia, sea cual fuere.

—Muy bien —el Emperador alzó con dificultad una mano, y los soldados volvieron a colocarse junto a los reos—. Procederemos a deliberar. Lleváoslos, aunque no muy lejos. Pronto os llamaremos para que oigáis el veredicto inapelable.

En cuanto abandonaron la sala los jóvenes y sus escoltas, el Emperador ordenó al Sumo Sacerdote y al embajador que se acercaran. El heredero Aureogéneta no abandonó su rincón, desde donde atendía a sus mayores sin perder una sílaba.

—Ya los habéis escuchado —les dijo—. Me conmueve su valor, aunque lo atribuyo a la inconsciencia de su corta edad. Suponen un problema menor, aunque enojoso, tal como están las cosas en Coria. No se me ocurre razón alguna para demorar su ejecución.

El Sumo Sacerdote carraspeó para aclararse la garganta.

—Si Su Divinidad me lo permite... Creo que todos estamos de acuerdo en que Héctor y Julio sobran, pero sugiero que los suprimamos de forma que redunde en beneficio del Estado —Polideuces asintió con entusiasmo—. Mandémoslos al norte.

Aunque los demás no pudieron verla, una sonrisa se dibujó en la cara vendada del Emperador.

—Brillante idea, mi buen Ministro. Todos los espías que hemos enviado al Septentrión han perecido. Estos dos no serán la excepción.

—Además, Su Divinidad, aún podrían rendir un último servicio. El enemigo estará ocupado dándoles caza, lo que nos permitirá dirigir a otros hombres para que averigüen qué se está cociendo en aquellas tierras.

—¿Se muestra de acuerdo el embajador de Helia? —preguntó el Emperador.

—Por supuesto, Su Divinidad. La mera idea de que Héctor pueda servir para algo útil me llena de orgullo como heliano.

—Con un poco de suerte, retará en duelo al orgulloso Julio y lo liquidará. Luego deberá suicidarse, para lavar su honor —sentenció el Sumo Sacerdote, frotándose las manos.

—Sea, pues. Traedlos de inmediato.

—Por tanto —concluyó el Emperador—, se os concede una oportunidad de redimiros, ya que vuestro arrojo nos complace. Marcharéis hasta Thule e indagaréis por qué las ciudades federadas en los reinos vasallos han cambiado su actitud a la hora de entregar sus impuestos a Coria.

—¿Dejaron de pagarlos? —quiso saber Julio, aún sin creerse del todo que había salvado el cuello.

—Todo lo contrario: lo hacen religiosamente, mientras que antes no paraban de contarnos excusas ingeniosas. Este comportamiento resulta sospechoso, como el del niño que se porta bien para ocultar que ha roto la urna cineraria del abuelo. Deseamos que averigüéis qué sucede. Trabajad juntos, en armonía. Vuestros talentos sin duda se complementan. Así que despedíos de vuestros deudos y preparad el viaje. El Sumo Sacerdote os instruirá en cuanto haga falta.

—Salvo Polideuces, y me temo que ya ni siquiera él —Héctor miró de reojo al embajador, que no se dio por aludido—, nada ni nadie me ata a este país. Estoy dispuesto para la partida.

—Todos aquellos a los que amaba han muerto —añadió Julio—. Tan sólo sobrevive alguien de quien pensé que me quería, una actriz llamada Octavia. Por desgracia, o quizá por suerte, prefirió largarse antes que esperarme. Ella se lo pierde, pero ya sabéis cómo son las mujeres, sobre todo las de su profesión: veletas sin alma ni sentimientos, incapaces de dar amor o profesar lealtad. Ojalá se la coma un oso durante una función. Yo también estoy preparado para marchar.

El Emperador había escuchado con atención las palabras de Julio.

—Podéis iros —ordenó, con voz siseante—. De aquí en adelante, el Sumo Sacerdote será vuestro guía.

Héctor y Julio Flavio abandonaron la sala como hombres libres. La puerta se cerró tras ellos. Ya no volverían a ver al Emperador hasta que regresaran de su misión.

Al día siguiente, los dos jóvenes fueron conducidos a la presencia del Sumo Sacerdote. Aunque no se caían muy bien, se esforzaron en cooperar y demostrar que eran dignos de la confianza que Su Divinidad había depositado en ellos. Volvían a vestir ropas caras, propias de su condición, aunque más discretas que las habituales. El heliano ya no parecía un agregado espiritual, ni Julio un legionario de Ultramar de vacaciones.

El Sumo Sacerdote los recibió en un modesto aposento situado en un ala del Palacio poco frecuentada. Vestía una cómoda túnica y sandalias acolchadas, lejos de la pompa y boato de sus apariciones oficiales. Pese a su aspecto de abuelo bondadoso, Héctor y Julio no olvidaron que se hallaban frente a la segunda persona más poderosa del Imperio.

—¿Qué, estáis listos para zarpar? —preguntó amablemente; la singular pareja llevaba un día junta, y sus miembros aún seguían vivos—. ¿Qué necesitáis para el viaje?

—Después de discutirlo durante toda la noche —respondió Julio—, hemos elaborado una lista con los artículos de primera necesidad. Aquí la tenéis.

El Sumo Sacerdote frunció el ceño. El rollo de papiro alcanzaba un grosor considerable. Lo desenrolló y comenzó a leerlo. Para su propia sorpresa, logró mantener la calma.

—Bien, bien, bien... Veamos: diez sirvientes. ¿Por cabeza?

—Si son hacendosos, podrán ocuparse de ambos —contestó Héctor—, aunque es difícil hallar buen servicio en estos días.

—Me hago cargo. Sigamos. Una cocina de campaña. ¿Con cocinero incluido?

—Los de Mystia son los mejores. No creo que sea necesario un pinche.

—Estoy de acuerdo, Héctor. Un carro de bueyes para la impedimenta, un carpintero, un rapsoda...

—La gente de nuestra condición debe cultivar el espíritu —apuntó Julio.

—Ya. Una nevera para conservar la carne y las bebidas frías, dos catres con dosel, tres caballos para cada uno... —el Sumo Sacerdote siguió leyendo, imperturbable, hasta concluir el listado—. ¿Esto es todo? ¿No os habéis planteado llevar unas termas portátiles?

—¿Es posible? Jamás se nos hubiera ocurrido. Hay que ver lo que inventan... —dijo Héctor.

–Dejémoslo –propuso Julio–. Para una expedición como la nuestra, tal vez resulte excesivo, ya que nos obligaría a contratar masajistas y comprar una caldera para el agua caliente.

El Sumo Sacerdote los miró desapasionadamente y enrolló el papiro con mimo, guardándolo en un pliegue de la túnica.

–Venid conmigo, por favor. Debo mostraros algo.

Los jóvenes acompañaron al aciano a través de un laberinto de pasillos. Aquella ala de Palacio trepaba, mejor dicho, se fundía con las laderas del Monte Áureo. Los elegantes patios interiores y salas hipóstilas revestidas de mármol dejaron paso a unos corredores excavados en la roca viva. Se rumoreaba que existían pasadizos secretos que horadaban el suelo de la bahía y salían al exterior de la muralla Prima, ideales en caso de fuga precipitada.

Bajaron por unas empinadas escaleras y llegaron a un vasto recinto. Unos respiraderos situados en lo alto lograban que la atmósfera no estuviera saturada de humedad, mientras que varios enormes tragaluces hacían innecesarias las antorchas. El interior de aquella sala estaba lleno de incomprensibles artilugios y varias mesas largas. Las paredes quedaban cubiertas por estanterías repletas de manuscritos. El Sumo Sacerdote se detuvo nada más entrar. Sus acompañantes, extrañados, aguardaron a que les explicara a qué venía todo aquello. Con voz afable, más propia de un sabio profesor, les preguntó:

–¿Habéis oído hablar de la Teología Aplicada? Yo prefiero llamarla Filosofía Natural.

–Sí, Su Santidad. La practican los sabios de Krythera, pero en mi país solemos considerarlos ateos.

–Caramba, mi buen Héctor, eres hombre instruido. No acepto que la Filosofía Natural equivalga al ateísmo. Al igual que muchos otros, opino que los dioses crearon un mundo perfecto, a su imagen, y después de eso descansan y observan. Establecieron leyes naturales para que todas las cosas siguieran su curso. ¿Hay mayor prueba de sabiduría y poder? Suponer que los dioses continúan interviniendo en los asuntos terrenales, modificándolos por medio de la Magia y jugando con los mortales, se me antoja un insulto hacia ellos.

Héctor no replicó, y el anciano siguió hablando:

–La Naturaleza es como un libro abierto, escrito en un idioma desconocido, aunque no indescifrable. Si pudiéramos leerlo, aprehenderíamos la voluntad de los dioses, sus pensamientos más íntimos. Algunos lo intentamos, formulando a la Naturaleza las preguntas adecuadas. Ello

es posible mediante el diseño de experimentos filosóficos. Os desvelaré uno de ellos, actualmente en curso. Si sois tan amables...

Se acercaron a una tarima sobre la cual se alzaba un complejo bastidor de madera. Una cuchilla afilada pendía de lo alto.

—Formulemos unas preguntas a la Naturaleza. Por ejemplo: ¿dónde residen la voluntad y la inteligencia, las cuales nos distinguen de los animales irracionales? ¿En el cerebro? ¿O acaso en el corazón, como defienden los poetas clásicos? Para tratar de discernirlo, procedamos a experimentar.

Batió palmas y entraron unos esclavos con un prisionero. Julio se sorprendió al reconocerlo. Cedric Sturmusson miraba sin cesar para todos lados, presa de la alarma. Seguramente barruntaba que no lo habían traído allí para nada bueno.

—Hay un exceso de bárbaros en el mercado últimamente—se justificó el Sumo Sacerdote—. Éste me lo revendió a muy buen precio un empresario teatral. Los bárbaros son unos sujetos ideales para la experimentación: fornidos, vitales, incontaminados por la civilización y con unos cabellos largos que facilitan la manipulación del espécimen. Mas volviendo a la Filosofía Natural, afinemos la pregunta. ¿Qué ocurre cuando la cabeza es separada del cuerpo? ¿Siente? ¿Mantiene la capacidad de raciocinio, la voluntad? Observad.

Los esclavos tumbaron al bárbaro en la tarima y trabaron su cuello en un cepo. Cedric comprendió lo que le aguardaba. Aulló y se debatió como una fiera, pero estaba bien sujeto. La cuchilla cayó. El cuerpo se agitó como el rabo de una lagartija, mientras que el Sumo Sacerdote se apoderaba de la cabeza mediante un grácil movimiento, asiéndola por la cabellera.

—Atended bien. De sus ojos rezuma el odio, y siguen por un instante el movimiento de mis dedos. Sus labios tiemblan imperceptiblemente. Le propino unos cachetes, así y así, y los músculos se contraen. Paralelamente, los carrillos exhiben un enrojecimiento sutil. Pero llega un momento en que... ¡Fijaos, justo ahora! Su mirada se torna vidriosa. Ya es tan sólo un trozo de carne muerta. ¿O tal vez no?—entregó el despojo a un esclavo—. Llévala al cirujano para que la diseque. Vosotros, limpiad el suelo, que está hecho un asco—sonrió a los invitados—. Julio, Héctor, acompañadme. Quiero mostraros algo más.

Los dos jóvenes se habían quedado muy pálidos. En ningún momento se había alterado la plácida expresión del semblante de Su Santidad,

ni su voz suave se había crispado. Lo siguieron reluctantes, mientras los esclavos dejaban los utensilios experimentales listos para otro uso.

–Resulta frustrante que las cabezas se apaguen tan pronto. Si pudiéramos prolongar su vitalidad, ¿qué nos contarían? Reconozco que sin pulmones es difícil mantener una conversación, pero diseñaríamos un lenguaje simple a base de guiños o chasquidos de lengua.

El Sumo Sacerdote llegó hasta unas jaulas en las que correteaban unos perros callejeros. El más pequeño de ellos, un cachorrillo de pelo canela, meneó el rabo de puro alborozo y lamió las manos de su dueño.

–Estos aparatos que veis a vuestra derecha están pensados para prolongar el experimento. Los esclavos accionarán las bombas que transfundirán sangre de perro a las venas del cuello, alargando la vida de aquél cuyo cuerpo ha abandonado ya las tierras percederas y se encuentra de camino a la inmortalidad, que dirían los antiguos. ¿Cuántos secretos nos serán desvelados entonces? Ardo en deseos de comprobarlo.

El anciano se limpió las manos con un paño perfumado que le tendió un sirviente y sonrió de nuevo a sus invitados con beatitud. Julio y Héctor no se atrevían a articular palabra.

–Os preguntaréis a cuento de qué os he traído hasta mi laboratorio, y qué relación tiene con el listado de necesidades para el viaje. Mirad lo que hago con él.

Extrajo el papiro de la túnica y lo arrojó a un brasero, donde ardió de inmediato. Su expresión cambió de súbito. Había dureza en su mirada, y la voz sonó severa y amenazante.

–Os lo voy a decir una sola vez. Sois unos niños consentidos, acostumbrados a vivir entre comodidades, rodeados de servidores que os lo solucionan todo. Habéis sido malcriados. Creéis que vuestros privilegios durarán siempre, pero miraos. Tú, Julio, tan sólo eres la simiente de un traidor infame. Tu riqueza ya no existe, porque pertenece al Estado. Y tú, Héctor, has logrado que abominen de ti en dos países. El clan Eudoxos nada quiere saber de ti, tu propio padre te aborrece y en Coria hay cinco familias que desearían verte crucificado. Si seguís vivos es gracias a la misericordia del Divino Emperador, pero su paciencia es volátil. Un chasquido de sus dedos, a instancia mía, y acabaríais en el anfiteatro de carnaza para los leones.

»Mañana saldréis para el norte. Quiero veros con el alba en el muelle comercial. Sólo llevaréis lo puesto, porque se supone que los espías viajan de incógnito. De *in-cóg-ni-to* –recalcó–. Se os dará

una suma de monedas suficiente para manteneros dignamente, así como los preceptivos salvoconductos, y punto. Como acudáis a mí con majaderías similares a la de antes, os juro por lo más sagrado que participaréis en mi próximo experimento –señaló las mesas–, y no precisamente accionando las bombas. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Se hubiera podido oír el zumbido de una mosca. Los jóvenes asintieron, y Héctor logró reunir el valor para preguntar:

–¿Sería factible que lleváramos al menos un cocinero? Por lo de mente sana en cuerpo sano, quiero decir. Los dioses sabrán qué entenderán por comida tan al norte...

Aquella salida acabó por exasperar al Sumo Sacerdote.

–¡Fuera de mi vista, antes de que me arrepienta! ¿Un cocinero? ¡Un envenenador, eso es lo más adecuado! ¡Largo!

Héctor y Julio abandonaron el laboratorio a toda prisa. Mientras trataban de no perderse en los subterráneos, el heliano dijo:

–¿Para qué necesitaremos un envenenador?

–Pensándolo bien, tiene sentido. Los venenos, aunque no me gusten, son armas poderosas en manos idóneas. Vayamos a contratar un profesional de inmediato.

Héctor no parecía muy convencido.

–Oye, igual sólo era una ironía del viejo...

–No me pareció muy dado a las chanzas, por lo que debemos suponer que hablaba en serio. Visitaremos el barrio de los Médicos. Igual damos con un envenenador que también cocine, y así matamos dos pájaros con una saeta.

A Héctor empezó a gustarle la idea.

–Quién sabe si pagando un poco más, podríamos hacernos con uno que también supiera coser y dar masajes.

–Ojalá, pero debemos ser mesurados. Corre a cuenta del Estado, no lo olvides.

–Si además tuviera nociones de artes marciales...

La sede del Antiguo y Muy Noble Gremio de Envenenadores de Coria se alzaba en un sector cercano al puerto del barrio de los Médicos. Nadie sabía a ciencia cierta el motivo de tal ubicación. A modo de broma, se decía que los propósitos de médicos y envenenadores eran similares, salvo

que estos últimos tardaban menos tiempo en despachar a sus víctimas, y cobraban sólo la mitad.

A base de preguntar, Julio y Héctor acabaron entrando en una corrala lujosa y de sólida construcción, comparada con el vecindario. Las paredes estaban recién enjalbegadas, aunque infinidad de tiestos con geranios rompían la monotonía del blanco cegador de la fachada.

–Me esperaba algo más siniestro... –señaló Julio.

El patio interior era un lugar placentero, pensado para el reposo y la meditación. Pérgolas con enredaderas obsequiaban al visitante con una fresca sombra. En el centro del *impluvium* había una fuentecilla coronada por la estatua de un muchacho. Éste sujetaba con una mano un cáliz. Con la otra mano agarraba una serpiente de cuya boca, como si fuera veneno, manaba un chorro de agua. Varias jaulas con jilgueros completaban el bucólico cuadro.

–Yo también –confesó Héctor.

Como no se veía un alma, eligieron al azar una puerta y entraron sin llamar, empujando con fuerza. La hoja de madera chocó contra algo, porque se oyó un estruendo de loza rota y se elevó una nube de polvo de olor ofensivo que les obligó a taparse las narices con el borde de las capas. De inmediato, un anciano encorvado salió de la trastienda y se quedó contemplando boquiabierto el estropicio. Acto seguido, se puso a gritar con voz estridente:

–¿Sabéis lo que habéis hecho, insensatos? ¡Medio herbolario, por los suelos! ¡Qué desastre irreparable! –parecía a punto de llorar–. Mis hojas de acónito, el heléboro fétido, la alharma, el ricino... ¡Todo echado a perder! –miró a los recién llegados con expresión furibunda–. ¡Estaréis satisfechos!

El ánimo de Julio Flavio no era precisamente amable en aquel momento. La reprimenda del Sumo Sacerdote aún le escocía, y había menoscabado su orgullo. En el fondo, les hizo quedar como unos atolondrados hijos de papá. Sólo le faltaba un vejestorio enfurruñado, por culpa de unos hierbajos tirados por accidente. De todos modos, trató de controlarse y ser cortés.

–Escucha, buen hombre, te pagaremos las vasijas quebradas. En cuanto a lo demás –señaló al suelo–, un barrido lo solucionará enseguida. No te sulfures.

–¿Qué no me...? –el viejo parecía al borde de la apoplejía–. ¿Tenéis idea de lo que cuesta preparar una onza de hojas de heléboro? Debe uno subir a la sierra al inicio de la primavera, cuando aún la nieve no se ha

retirado de las cumbres, y aguardar en riguroso ayuno la llegada de la luna nueva. Entonces, haga el clima que haga, la planta debe ser cortada con una hoz de oro, al tiempo que se aplaca con cánticos a los dioses del Averno. El prensado, el secado y la preparación llevan meses; el más mínimo fallo inutiliza el producto. Y ahora ahí está por los suelos, junto a... –se le volvió a escapar otro grito al reparar en un charquito–. ¡No han sido sólo las plantas! ¿Sabéis cuántas libras de telarañas hay que destilar para obtener una gota de extracto de seda?

Julio, cada vez más irritado, lo cortó sin contemplaciones.

–No nos cuentes tus penas, vendedor. Hemos venido para contratar, en nombre del Estado, los servicios de un maestro envenenador.

Ante la posibilidad de hacer negocio, el viejo se tragó su ira y accedió a atenderles.

–Un maestro, nada menos... ¿Podrías ser más precisos?

–Ha de ser bueno en su oficio, como es menester. También valoraríamos que dominara las artes culinarias, los masajes tonificantes y los ejercicios de ataque y defensa. Ah, sí, y que supiera coser.

El viejo enarcó las cejas.

–Mucho pedís... Los envenenadores, por los largos años de estudio que dedican antes de poder ejercer, son gentes poco atléticas, reservadas y circunspectas, centradas en exclusiva en su profesión. Sin embargo, se podría indagar entre los afiliados. ¿Cuánto pensáis pagar por sus servicios?

Héctor propuso una cantidad, y el anciano sospechó que estaba siendo objeto de una burla cruel. La suma era irrisoria, un auténtico insulto. No acertó a comprender que el heliano no tenía muy claro aún lo del cambio de moneda. Además, los ricos desde la cuna no se hacían idea cabal del valor del dinero.

«¿Queréis jugar? De acuerdo, acepto el reto».

El viejo se acercó a una estantería y agarró una garrafa de vidrio llena de un líquido azul grisáceo. La puso sobre una mesa y se la mostró a los jóvenes.

–Por ese precio, puedo ofreceros la que llamo *maravilla polivalente*. Administrada en dosis regulares durante las comidas, provocará calambres en las piernas a la infortunada víctima. Diluida en cuatro partes de agua, es un remedio infalible contra los pulgones de los rosales. Una vez vacío, el envase se convierte en una útil arma arrojadiza. ¿Qué más se puede pedir por la *exorbitante* suma que me habéis ofrecido?

Julio ya no pudo contenerse más. Se adelantó un paso y propinó una sonora bofetada al viejo, al tiempo que le increpaba:

—¡Así aprenderás a tratar mejor a tus superiores, carcamal!

El anciano reculó, aunque no llegó a caer. Su cara adoptó un tono cercano al carmesí y dio la impresión de que le faltaba el aire, ya que boqueaba como un pez, incapaz de proferir palabra. Su estado no se debía a la violencia del golpe, sino a la magnitud de la ofensa.

En ese momento entraron tres hombres en la tienda. Quedaron paralizados por el horror al contemplar la escena. Sin darles tiempo a reaccionar, Julio se dirigió a ellos, muy enfadado.

—¿Sois los propietarios del negocio? —ellos asintieron de forma automática, aún conmocionados—. Pues sabed que vuestro empleado no sabe conducirse como es debido. ¡Menudos aires se da! Por esta vez, ignoraremos la afrenta.

A continuación, Julio explicó qué deseaba. Uno de los propietarios, el mayor, cuya cabeza lucía una hermosa melena gris, era hombre de temperamento frío. Trazó disimuladamente con los dedos unos signos en el lenguaje secreto de los envenenadores. Sus dos compañeros se llevaron al viejo a la trastienda tan rápidamente como pudieron. Mientras, el hombre de pelo cano escuchó atentamente al joven.

—Vuestra petición resulta complicada —repuso, al fin—. Debo consultarlo con mis pares. Por favor, sed tan amables de aguardar fuera, junto a la fuente. Las deliberaciones tal vez nos lleven un tiempo.

—Así sea, gentil comerciante —admitió Héctor—. Agradeceríamos que os apresurerais.

El hombre los despidió con una obsequiosa reverencia. En cuanto se deshizo de ellos, cerró la puerta, corrió a la trastienda y se postró de rodillas frente al anciano, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué os han hecho, Maestro?

El Gran Maestro del Gremio de Envenenadores de Coria era contenido a duras penas por los otros dos hombres. Se hallaba presa del frenesí. Una vena latía peligrosamente en su frente, y tal era su rabia que farfullaba incoherencias, incapaz de hilvanar una frase completa.

—El acónito... Brutos... Lavaré con sangre...

Un aprendiz, llamado a toda prisa, vino con una taza llena de una infusión humeante. El Gran Maestro tomó unos sorbos, y enseguida recobró el autodominio. Miró a sus tres discípulos y al joven aprendiz. Con voz ya serena, relató su versión de lo sucedido, y añadió:

–Los hechos acontecidos deben juzgarse con severidad. Aparte del menoscabo a mi autoridad, los daños en el herbolario no pueden olvidarse, ya que nos afectan a todos. Dictaré, pues, mi sentencia: muerte.

Todos los presentes asintieron, graves los semblantes. El Gran Maestro volvió a hacer uso de la palabra.

–Para premiar vuestra ayuda y atenciones hacia mi persona, dejaré que propongáis el veneno a emplear en la ejecución. Yo juzgaré si es el adecuado. Habla tu también, aprendiz –sonrió con amabilidad–. Consideralo parte de tu educación.

El zagal se sintió muy honrado por aquella deferencia.

–¿El cono marino, tal vez? –propuso, inseguro.

–Demasiado rápido, mi pequeño. El veneno de ese caracol te mata antes de que te des cuenta.

–Entonces, el lamento púrpura...

–Eso está mejor, aprendiz, pero no sufrirían lo bastante. El bebedizo provoca un abotargamiento progresivo, hasta que la vida abandona el cuerpo con languidez. Quiero que paguen con creces su afrenta, que se retuerzan en acerba agonía.

Los otros tres envenenadores se enzarzaron en una discusión sobre las virtudes y defectos de la oronja verde, el desollador o la abominación exfoliante. El Gran Maestro asentía o puntualizaba algunos aspectos. En un momento dado, el aprendiz tuvo una idea:

–¿Y si les entregamos a Tito Valerio?

Julio y Héctor se dedicaban a pasear ociosos por el patio de la corrala, aguardando a que los envenenadores se decidieran de una vez. En un momento dado, oyeron una serie de carcajadas proveniente de la tienda de marras.

–Estarán contando chistes –murmuró Julio, enfurruñado por el plantón–. En vez de perder el tiempo, podrían decirnos de una vez cuál de sus hombres se pone a nuestro servicio.

Al cabo de unos minutos, el envenenador canoso abrió la puerta, salió y se acercó hasta ellos. Se había secado las lágrimas con la túnica verde que vestía, y procuró mantener la seriedad. Sólo faltaba que en esos momentos fuera presa de un ataque de risa floja.

–El Consejo del Gremio ha acordado acceder a vuestros requerimientos. Fue difícil dar con un compañero que se ajustara a vuestros

deseos, pero tal hombre existe. Se trata de Tito Valerio Excelso, una leyenda dentro de nuestra profesión —le pareció oír risillas desde la trastienda, así que acompañó a los jóvenes hasta fuera de la corrala, mientras regateaba el precio.

Finalmente, convinieron en que el tal Tito Valerio debía presentarse de madrugada en el muelle comercial y preguntar por la nave *Silente*.

—Llevará un buen surtido de venenos, os lo aseguro —les aseguró el hombre canoso cuando cerraron el trato—. Además, es aficionado a cocinar.

Julio y Héctor se marcharon muy ufanos, mientras que la noticia corría por el Gremio como un reguero de pólvora, para regocijo general. Con las primeras luces del alba, la galera mixta *Silente* zarpó del puerto de Coria, rumbo a Thule. Desde un recinto secreto, el Sumo Sacerdote la vio partir y la siguió con los ojos hasta que se perdió en lontananza.

Por fin se había librado de ellos. Lo desconcertó la ocurrencia de contratar un envenenador, pero en cuanto efectuó las debidas pesquisas, y se enteró de quién los acompañaría, se frotó las manos y dio su consentimiento. Algún caprichoso dios había juntado a un hijo de la nobleza coriana con tendencia a la impulsividad, un heliano que retaba a duelo a todo aquél que osaba chistarle y... Bueno, y Tito Valerio.

—Me apuesto lo que sea a que no duran ni una semana.

El Sumo Sacerdote se retiró de la ventana. Ahora debía ocuparse de elegir a los espías que marcharían al norte. Serían los mejores, los más discretos. Con suerte, las tres calamidades que los precedían distraerían al adversario, facilitando la labor de los auténticos profesionales.

Agradeció volver al trabajo serio. Se cernían sobre el Imperio tiempos de tribulaciones, y había perdido demasiado tiempo por culpa de unos inútiles que, con toda seguridad dentro de poco irían a reunirse con los dioses.

